

RUBÉN GONZÁLEZ

Espíritu olímpico

A los 47 años y con cuatro Juegos Olímpicos sobre sus espaldas, Rubén González decidió ponerle punto final a su extensa trayectoria en luge, una especialidad de trineos sobre toboganes de hielo donde se alcanzan velocidades de hasta 145km/h. Ahora desde su rol de conferencista motivacional trabaja para que su singular historia sirva de inspiración a jóvenes de todo el mundo

POR CHRISTIAN ATANCE



FOTOS RUBEN GONZALEZ, SERGIO DOVIO Y GETTY IMAGES

RUBÉN GONZÁLEZ

De pequeño, su sueño no fue muy distinto al que suele tener la mayoría de los deportistas que se precien de tal: competir en unos Juegos Olímpicos e ingresar a unos de los más selectos clubes de atletas. A pesar de no contar con condiciones físicas excepcionales ni una actuación destacada en deporte alguno, Rubén González nunca se resignó.

Encontró su inspiración a los 21 años, una edad en la que muchos deportistas suelen acumular una década de experiencia, viendo por televisión los Juegos Olímpicos de Invierno de Sarajevo 1984. Fue allí cuando se juró a sí mismo estar presente en la siguiente cita olímpica, a celebrarse cuatro años más tarde.

González eligió seguir el camino del luge, uno de los deportes olímpicos más veloces y peligrosos que existan. Y no solo cumplió en 1988 con la promesa que se había hecho previamente. Además, desarrolló una extensa carrera a lo largo de 25 años que lo llevó a convertirse en el primer atleta de invierno del mundo en competir en cuatro Juegos Olímpicos en cuatro décadas distintas y ser el argentino con más cantidad de participaciones en la máxima cita deportiva invernal.

—¿Cómo te iniciaste en este deporte tan particular?

Yo nací en Campana, pero viví en Estados Unidos desde muy

pequeño. De chico siempre tuve el sueño de poder competir en los Juegos Olímpicos pero no me sentía confiado de poder lograrlo, nunca fui un atleta con condiciones. Viendo por los televisores los Juegos Olímpicos de Invierno Sarajevo 1984 hubo dos hechos que me inspiraron. El primero fue ver a la delegación argentina desfilando en la ceremonia de apertura. El segundo fue ver a Scott Hamilton ganar la medalla de oro en una de las pruebas de patinaje artístico. El tenía apenas 18 años y un físico pequeño. “Si el pudo ser campeón olímpico yo al menos puedo llegar a los Juegos”, me dije. Tomé coraje y me prometí a mí mismo que en cuatro años iba a estar del otro lado, desfilando con el equipo argentino.

Tenía el objetivo definido pero no sabía cómo lograrlo. Lo siguiente que hice fue ir a una biblioteca y comenzar a analizar todos los deportes olímpicos, tanto de verano como de invierno. Desestimé rápidamente los primeros porque me di cuenta que había que ser un superatleta para llegar a los Juegos. Concentré mi búsqueda en los de invierno con el objetivo de encontrar algún deporte que fuera peligroso, que no requiriera de tanta complejidad física y que no se practicara en Argentina. Y así llegué al ski jumping, al bobsleigh y al luge. Al primero lo descarté porque nunca había esquiado en mi vida, hubiera sido un suicidio subirme al trampolín. Y para el bobsleigh necesitaba conseguir tres locos más

Aprender a convivir con el miedo

Una de las aspectos más complicados en el luge es el de manejar los temores propios que genera un deporte donde se alcanzan velocidades de hasta 150km/h y fuerzas de hasta 5g y donde el tiempo para corregir errores se cuenta en milésimas de segundos. “No es fácil pero con el tiempo cada uno desarrolla sus propias técnicas”, señala González.

“Recuerdo que cuando corría en Koenigssee, una de las pistas más difíciles del mundo, nunca miraba a los ojos de los demás lugistas cuando estábamos en el start house esperando nuestros turnos. Si los miraba veía también el miedo que ellos tenían, lo que intensificaba aún más mis temores. Lo importante es enfocarse en el resultado que uno quiere obtener. Si uno se concentra en las cosas que no quiere que pasen, es muy probable que ocurran. Pensar es positivo es lo que hizo distintos a gente como Fangio o Mario Andretti.

Aprender a relajarse, exhalando a la entrada y salida de cada curva, es otra forma de combatir los temores. Los italianos o alemanes descienden como si estuvieran tirados sobre una hamaca, leyendo un libro. Yo en cambio voy muy tenso, como si estuviera arriba de un toro salvaje agarrándome de todos lados para sobrevivir. La diferencia está en que ellos empezaron de muy chicos y yo a los 21 años.

Ese miedo recién se me fue hace dos años. Mis primeros 20 años en el deporte no los disfruté. Cada vez que me subía al trineo sentía un miedo bárbaro. Nunca sentía un nivel de control suficiente que me pudiera quitar esos miedos. Los alemanes creían que yo respetaba al deporte pero en realidad lo que me movilizaba a seguir en esto era mi amor a ser olímpico”.

—¿Veinte años te llevó aprender a relajarte?

Si. Jonathan Edwards, un ex atleta olímpico de los Estados Unidos, me enseñó a ver las cosas de otra forma. Yo siempre me ponía tenso a medida que iba acelerando. Cuanto más velocidad, más miedo. Jon me hizo notar que el luge no es un deporte de velocidad, sino de precisión de manejo. No gana el más rápido sino el que llega en menos tiempo.

El me enseñó a enfocarme en qué hacer en cada sección de la curva. Cuando llegué a ese punto mis tiempos mejoraron y el miedo desapareció. Me transformó totalmente el deporte. Si mis primeros entrenadores me lo hubieran enseñado 20 años atrás, hubiera gozado mucho más del luge.

Hoy en día estas enseñanzas son parte de mi charlas. Los vendedores por lo general están enfocados en la economía pero esto algo que uno no puede controlar. Lo que si puede controlar es a quien contactar, cuantas llamadas realizar. El enfoque

puede transformar por completo tu vida y tu experiencia.

—¿Tuviste alguna lesión importante a lo largo de todos estos años?

Tuve fisuras de un dedo pulgar y de un par de costillas y algunas lesiones en la rodilla y en un pie. La mayoría de las veces me las ingeniaba para protegerme y seguir corriendo aún lesionado. También en los primeros años tenía lesiones en cuello, en buena medida porque no sabía cuidarlo. Con el tiempo, aprendí algunos trucos y con los años no tuve más problemas.

—¿Qué requisitos debería tener alguien que dese iniciarse en el luge?

Tener un deseo muy fuerte de llegar a ser olímpico. Es difícil y sacrificado pero no es imposible. Los rusos siempre me preguntaban que me motivaba a seguir con el deporte sabiendo que no tenía la mínima chance de alcanzar un resultado relevante. Para ellos el luge era un escape, si ganaban una medalla obtenían una casa. Para mí era una vía para ingresar al club de los olímpicos, ese fue siempre mi objetivo. Hay que estar dispuesto a soportar quebraduras y a invertir dinero porque el deporte es profesional solo para unos muy pocos. Además, hay que tener un sistema de apoyo en casa. Es fundamental proteger el ánimo, especialmente cuando llegan las lesiones.



que me acompañaran. Así es como decidí enfocarme en el luge, sin jamás haber visto por televisión este deporte.

Le escribí a la revista Sports Illustrated y les pregunté donde podía practicar este deporte. Me contestaron que en Lake Placid, en el estado de Nueva York y me pasaron los datos de la Federación Estadounidense de Luge. Los llamé por teléfono y les conté mi historia. “Tengo 21 años, quiero iniciarme en el luge y competir en los Juegos de 1988”. La persona que estaba del otro lado me dijo que estaba loco. Que ya era viejo y que a mi edad los chicos suelen tener entre 8 y 10 temporadas de experiencia. Pensé en que me iban a dar una cordial bienvenida pero el tipo se estaba riendo de mis sueños. La charla estaba a punto de terminar cuando le mencioné que era argentino. Y ahí cambió todo. Me empezó a tomar en serio y me dijo “si corrés por Argentina te podemos ayudar mucho”. El tema fue que por esa época el

luge estaba a punto de ser eliminado del programa olímpico porque solo lo practicaban un par de países en Europa occidental y América del Norte. El deporte necesitaba nuevas naciones urgentemente. Y Argentina no solo sumaba una bandera sino también una región que hasta el momento no estaba representada. Los estadounidenses invertían varios millones de dólares por año en el luge, si el deporte desaparecía de los Juegos eso era plata tirada.

—¿Cómo siguió la historia?

“Antes de que vengas a Lake Placid tenés que saber dos cosas”, me dijo la persona que me atendió. “Una es que intentar clasificarse a los Juegos partiendo desde cero, a tu edad y en solo cuatro años va a ser muy difícil. El 90% de las personas que lo intentan se dan por vencido. La otra es que inexorablemente vas a sufrir alguna lesión o quebradura”.

RIBEN GONZALEZ



// A lo largo de 26 años constuyó una extensa carrera en luge, uno de los deportes de invierno más peligrosos.

Por dentro, sabía que finalmente había encontrado lo que buscaba. Un deporte que exigía mucho coraje, perseverancia y fortaleza mental y no tanta destreza física. Y cuanto más difícil fuera para los demás, más se acrecentaban mis chances de cumplir mi sueño.

- ¿Cómo fueron los primeros contactos con el deporte?

Empecé a conocer los principios básicos de luge sobre un trineo con ruedas en una escuela de verano. Era en la misma pista de Lake Placid pero sin hielo. Solo usábamos la parte inferior. Un short, una camiseta y un casquito era todo nuestro equipo. Empezamos 15 y al fin del primer año yo era el único sobreviviente.

Al invierno siguiente empecé sobre hielo, que es mucho más difícil porque no hay nada de tracción. Es otro mundo distinto. En febrero de 1986, a los dos años de empezar, corrí mi primera Copa del Mundo en Lake Placid. Luego de entrenar mucho allí viajé a Europa para conocer otras pistas y competir en otras pruebas del circuito. Poco a poco iba progresando y llenando también mi cuerpo de moretones y marcas. En los primeros cuatro años entrené con el equipo estadounidense. Ellos me prestaban sus equipos y me ponían el entrenador de los juniors. Yo solo tenía que pagarme los descensos en la pista.

Al margen de la parte deportiva también tuve que lidiar mucho

con cuestiones administrativas. Es que por ese entonces no existía ninguna federación de luge en la Argentina. Sin ella era imposible poder competir en los Juegos. Necesitaba una federación que estuviera afiliada al Comité Olímpico Argentino. Los entrenadores del equipo estadounidense escribían informes y cartas sobre mis avances. Yo los traducía y se los mandaba al Comité. Era algo que estaba totalmente fuera de mi control. Necesitaba una cantidad bárbara de fe para poder seguir haciendo mi parte. Tanto insistí que al final encontraron la forma en que pudiera correr por Argentina, creando una suerte de comisión en la FASA. Por suerte la solución llegó a tiempo y todo solo dependía de mí. Seguí corriendo en Copas del Mundo y esperando que me confirmaran oficialmente la clasificación para los Juegos de Calgary 88. Para Navidad del 87 me llamaron del COA para pedirme mis talles de ropa y zapatillas. Ahí tomé conciencia de que estaba en los Juegos.

- ¿Cómo fue esa primer experiencia olímpica?

Calgary estuvo trabajando por veinte años para lograr los Juegos. Después de un par de intentos fallidos lo habían conseguido. La gente vivía una euforia similar a la que nosotros tuvimos durante el Mundial 78. El público era muy cálido y nos trataba como estrellas

de rock. Nos pedían autógrafos, nos sacaban fotos, nos invitaban a comer. La pista no era muy difícil por lo que no tenía una presión adicional. Finalmente terminé 33° sobre xxx competidores. Disfruté mucho también de la convivencia en la Villa Olímpica y de tener contactos con otros deportes que solo había visto en la tele. El luge es siempre de los primeros en competir. Al tercer día ya había terminado, tuve dos semanas más para disfrutar del sueño al que tanto había perseguido.

- ¿Cómo siguió tu carrera?

Cuando terminé la carrera en los Juegos de Calgary me presentaron a un entrenador llamado Günther Lemmerer, un ex corredor austriaco de primera clase. Por ese entonces, la Federación Internacional de Luge (FIL) estaba armando un grupo de desarrollo para países como el nuestro que no tienen pistas. Me tomó una entrevista e ingresé. Pasé a entrenar con él y dejé de lado al equipo estadounidense. Seguí compitiendo en el circuito de Copa del Mundo y a comienzos de 1992 clasifiqué para mis segundos Juegos Olímpicos en Albertville, Francia. En lo deportivo me fue bien, terminé 31°, mi mejor resultado olímpico. Los Juegos en sí no los disfruté tanto como los de Calgary. Estábamos divididos en tres villas olímpicas distintas con lo que no pude disfrutar de unas cosas más enriquecedoras que tienen los Juegos que es la de compartir vivencias con los atletas de otros deportes. Y la gente era muy fría y mostraba mucho encono contra los Juegos por todas las

complicaciones que les generaba en la vida diaria. No tenían para nada ese orgullo de anfitriones que llevaban los canadienses. A tal punto que después de competir me fui unos días a Granada y solo volví para la ceremonia de Clausura.

- Por ese entonces, el luge solo era practicado por un puñado de países con mucha tradición en deportes de invierno. ¿Cómo te recibieron en el circuito mundial? Por tu condición de argentino, ¿eras una suerte de rara avis?

Al principio los alemanes, que eran la potencia indiscutida en luge, no me hablaban ni me saludaban. Recién en 1990, cuando ya tenía seis temporadas en el deporte y una participación olímpica, comenzaron a cambiar de actitud. Un día les pregunté por qué y encontré la respuesta. Ellos despreciaban a los turistas olímpicos, aquellos que cumplen con el deseo de estar en unos Juegos y abandonan inmediatamente después. Gente a la que consideran que no tiene amor por el deporte. "Nosotros lo practicamos desde chicos y peleamos mucho para llegar. Ahora vemos que vos respetás al deporte", me dijeron. En el luge hay mucha gente que va y viene.

- Luego de los Juegos del 92 llegó tu primer paréntesis. ¿Cuáles fueron las razones?

Albertville nos dejó una decepción tan grande que muchos atletas decidimos dejar. Llegamos a la conclusión de que no valía la pena el esfuerzo de seguir a pesar de que el incentivo era grande. Para los

Uno de los mejores secretos guardados en Palermo



Cabrera 5099 - Palermo - Ciudad de Buenos Aires - 4831 - 7002
Abierto todos los días de 12:00 a 16:00 y de 21:00 a 01:00 hs.

LA CABRERA
grillado & bar

RUBÉN GONZÁLEZ

siguientes Juegos no teníamos que esperar cuatro años sino solo dos. El Comité Olímpico Internacional había decidido desdoblarse los Juegos de Verano y de Invierno, que tradicionalmente se hacían en el mismo año. Para cumplir con ello estableció la realización de unos Juegos Olímpicos en 1994, que se celebraron en Lillehammer, Noruega. Dejé por seis años, recién a comienzos de 1998 volví al circuito.

- ¿Extrañaste al deporte durante ese período? ¿Qué te motivó a volver?

Realmente no lo extrañé. Recién hace un par de años lo empecé a disfrutar. En 1997 Günther Lemmerer, mi antiguo entrenador, me llamó y me dijo que el mundo del luge extrañaba a la Argentina y me empezó a vender la idea de volver. Me dijo que los Juegos de 2002 en Salt Lake City iban a ser únicos, porque el espíritu olímpico estadounidense es el mejor del mundo. Me invitó a sumarme al grupo de desarrollo de la FIL y a participar en un campamento en Calgary con todo pago. Inmediatamente me di cuenta que estaban necesitando más países. Yo tengo un hermano menor que me ha visto ir dos veces a los Juegos. Aunque nunca me dijo nada sobre su intención de ser olímpico siempre pude leerlo detrás de su mirada. Le contesté a mi entrenador que si la oferta era válida para mi hermano Marcelo y para mí, iba. Lo primero que me preguntó era su edad. Mi hermano por ese entonces tenía 30 años y ningún antecedente exitoso como atleta. El luge no es un deporte atlético, el que gana es aquel que es mentalmente más fuerte.

Logré el sí del entrenador pero aún tenía que convencer a mi hermano, a quien no le había hablado nada del tema. A él le gustó la idea y finalmente fuimos al campamento. A él le fue bien, enseguida se adaptó. Marcelo es más tranquilo que yo, tiene una personalidad ideal para el deporte.

Otra de las razones que me llevó a volver al deporte fue el hecho de que para ese entonces nuestro país contaba con una Asociación de Bobs-

leigh, Skeleton y Luge afiliada al Comité Olímpico Argentino y a la Federación Internacional. Eso me dio una gran confianza, porque no solo comencé a despreocuparme de cuestiones administrativas, que en anteriores Juegos fueron complicadas de resolver desde mi residencia en Texas, sino que además empecé a recibir apoyos de la Federación Internacional y del Comité Olímpico Internacional con mayor fluidez.

En la temporada previa a los Juegos mi hermano me estaba ganando en todas las carreras de Copa del Mundo. E incluso en las tres primeras mangas de Salt Lake City 2002 terminó adelante mío. Recién en la última lo pude pasar, cuando el perdió valiosos segundos en choque. Finalmente yo terminé 41° y el 43°. Si se hubiera quedado en el deporte hubiera sido mejor que yo. Haber compartido esos Juegos con mi hermano fue una experiencia increíble. Después de los Juegos de Salt Lake City el regresó a su trabajo de arquitecto y no volvió a tener contacto con el deporte.

- ¿Después de Salt Lake City 2002 pensaste que había llegado el final definitivo?

Sí, porque yo ya tenía 39 años. Casi todo el mundo me preguntaba si era entrenador y entonces empecé a pensar que quizás estaba bastante viejo para esto. No me sentía acabado físicamente pero sí tenía una mentalidad negativa. Cuando estaba entre todos los atletas me sentía como un padre visitando a sus hijos en la escuela.

Además cuando fui a mi primeros dos Juegos (Calgary 1988 y Albertville 1992) era soltero, vivía en casa con mis padres y no tenía grandes gastos. Con pequeños trabajos ahorraba durante el año para poder hacer la temporada. Cuando se me terminaba el dinero me volvía.

Cuando entrené para Salt Lake City estaba casado, tenía una casa y cuentas por pagar. Si no trabajaba no tenía ingresos. Para llegar a los Juegos me endeudé increíblemente. Llegué a tener 50.000 dólares de deuda en tarjetas de crédito. Vivimos un stress muy grande cuando regresé de los Juegos.

FICHA TÉCNICA

Nombre:	Rubén González
Deporte:	luge
Especialidad:	single masculino
Edad:	48
Fecha de nacimiento:	26 de julio de 1962
Lugar de nacimiento:	Campana, Prov. de Buenos Aires
Residencia actual:	Colorado Springs, Colorado (EEUU)
Entrenador:	Ioan Apostol (Rumania)
Profesión:	conferencista motivacional



PARTICIPACIONES OLÍMPICAS: 4

Calgary 1988, Albertville 1992, Salt Lake City 2002 y Vancouver 2010

RESULTADOS EN JUEGOS OLÍMPICOS

31°	Single masculino	Albertville 1992
33°	Single masculino	Calgary 1988
41°	Single masculino	Salt Lake City 2002
38°	Single masculino	Vancouver 2010

RÉCORDS:

- Primer atleta de invierno en el mundo en participar en cuatro Juegos Olímpicos a lo largo de cuatro décadas distintas.
- Argentino con más participaciones en Juegos Olímpicos de Invierno.

// González es el atleta argentino con más participaciones en Juegos Olímpicos de Invierno.



RIBEN GONZALEZ

El equipo

El trineo de luge tiene un peso que oscila entre 21 y 25 kilos. El fuselaje es de fibra de vidrio y se apoya sobre 2 patines de acero. Sus extremidades, con puntas levantadas en la parte delantera, sirven como apoyo para las piernas. El luge no posee sistema de frenado.

El casco que usan los lugistas es muy liviano. Están confeccionados en kevlar o fibra de vidrio. La visera transparente permite ver la pista levantando ligeramente la cabeza. Por su parte, el traje está confeccionado en material sintético y es muy ajustado para evitar al máximo la resistencia al aire.

Los guantes llevan unos pequeños clavos en los dedos, de 4mm como máximo, que permiten al atleta avanzar sobre la pista para poder tomar impulso.

En la largada el corredor tiene 30 segundos para lanzarse luego de que se active la luz verde y la señal sonora. El participante inicia la carrera sentado en el trineo, impulsándose gracias a las agarraderas externas y a los guantes con clavos. Luego se acuesta sobre su espalda.

Durante el descenso, el piloto debe buscar la línea ideal para perder el menor tiempo posible. Los trineos alcanzan velocidades promedio de 135km/h con velocidades máximas de 145-150km/h según las pistas.

-¿Cómo se maneja el luge?

El trineo y los dos patines sobre los que este apoya en el hielo son flexibles. Haciendo fuerza con los hombros y las piernas se logra darle dirección. Cuando la fuerza es con el hombro, el efecto es muy suave. Pero con las piernas, es mucho más fuerte. Solo unos 10-15 centímetros de los patines apoyan sobre el hielo.

-¿Qué es lo que hace diferencia en el luge?

Es una combinación de distintos factores. En la largada es necesaria mucha fuerza explosiva y flexibilidad para el impulso inicial. Y obviamente tener un buen control de la técnica porque sin ella la fortaleza física no sirve para nada. Cuando acortaron



la pista en Vancouver al pasar la largada de hombres a la que habitualmente usan las mujeres, supimos que los alemanes iban a ganar. Ellos tienen brazos muy largos y mucha fuerza.

Después, durante el descenso, hay que tener buenas líneas y aerodinamia. Uno puede elegir la mejor forma de tomar las curvas pero si va con la cabeza levantada pierde décimas de segundo muy valiosas. La mayoría de los lugistas a este nivel conocen las pistas de memoria y hacen los descensos virtualmente a ciegas. Solo levantan la vista en algún momento puntual del recorrido.

Otro tema que hace una diferencia importante es el trineo. Las potencias de este deporte como Alemania, invierten mucho dinero en desarrollo de nuevos diseños y materiales y en pruebas en túneles de viento. Estudian cuál es la mejor posición que debe adoptar un atleta para ir más

rápido. Los alemanes tapan el trineo con una manta al final de cada largada para que nadie vea lo que están haciendo. Y otro tema importante son las cuchillas. Las mías son más filosas, tienen más tracción y, por ende, más control. En cambio, la que usan los alemanes son más redondeadas, tienen menos fricción en el hielo y son más difíciles de controlar. Pero como ellos tienen mucho más entrenamientos y técnicas puede controlar sin problemas ese tipo de trineos.

-¿Cuanto sale un trineo?

Un trineo normal cuesta entre 2.000 y 3.000 dólares. Se hacen a medida y son fabricados en forma artesanal en un par de sitios. Los trineos del equipo alemán pueden salir 60.000 dólares por el desarrollo de materiales y las investigaciones en túneles de viento.

- ¿Y como se te dio por volver nuevamente al deporte en 2008, otra vez tras seis años de ausencia?

Por suerte, el negocio de conferencista que empecé a desarrollar después de Salt Lake City se fue consolidando con el tiempo y pude hacer frente a las deudas que tenía. Al principio era un gran desafío para mí, muy similar a cuando intentaba clasificar a los Juegos. Pero después de 4 años, dejé de serlo y me empecé a aburrir a pesar de que el negocio marchaba muy bien. Así me di cuenta que necesitaba otra motivación y decidí volver a entrenar con vista a los Juegos de Vancouver 2010. Esta vez fue todo distinto, porque pagaba todo al contado, viajaba y me alojaba en habitaciones individuales.

- Y poco tiempo después, te clasificaste a tus cuartos Juegos Olímpicos...

Sí, aunque el luge es un deporte muy competitivo estaba muy confiado. Solo hay 40 plazas para atletas de todo el mundo. No existen, como en los deportes de verano, instancias de clasificación sudamericanas o panamericanas. Hay que pelear con atletas de todo el mundo. La competencia se hizo más dura desde los noventa, con el desmembramiento de varias naciones de Europa Oriental.

Ahora muchos más países, casi todos ellos con fuerte tradición de deportes de invierno, para la misma cantidad de plazas.

Además en el luge, al igual que la Fórmula Uno, existe la regla del 107%. Para competir en una Copa del Mundo o en unos Juegos Olímpicos, tu tiempo en los entrenamientos no puede superar en más de un 7% al del primero.

- ¿Cómo viviste el accidente Nodar Kumaritashvili, el atleta de Georgia que falleció durante los entrenamientos de Vancouver?

El accidente fue un shock para todos, lo vi por una pantalla. En mis más de 20 años en el deporte nunca creí que alguien podía salir volando de una pista de luge. Cuando lo vi, lo primero que pensé fue que ese podría haber sido yo o Armin Zoeggeler -múltiple medallista olímpico y mundial italiano- en un día de mala suerte. Tuve un trato cercano con el entrenando en Latvia durante la temporada. Fue una fatalidad increíble. La pista de Vancouver es muy rápida pero no es la más técnica ni la más peligrosa. Cuando uno comete un error hay que remediarlo rápidamente porque si no puede chocar. Yo me he tirado unas 40 veces allí y nunca tuve problemas.

|| González y Juegos Olímpicos: siempre que intentó clasificar lo logró.



RIBEN GONZALEZ



Conferencista olímpico

En base a su experiencia olímpica, González ha construido una extensa carrera como conferencista motivacional. Desde hace 8 años, se dedica a tiempo completo a dar charlas para empleados de corporaciones, que en algunos casos superan las 5.000 personas. A través de las mismas, los tres libros que ha escrito y su sitio web www.olympicmotivation.com busca inspirar y motivar a chicos y adultos a que se superen a sí mismos y a que puedan realizar sus sueños.

-¿Cómo te iniciaste en este negocio?

Fue de casualidad. Poco después de los Juegos Olímpicos de Salt Lake City 2002, un chico de mi vecindario me invitó a dar una charla en su escuela como parte de un programa muy popular en EEUU que se llama "muestra y cuenta". Pensé que iba a ser una presentación de 15 minutos para una clase de 20 chicos de quinto grado. Pero cuando llegué me estaba esperando el director, que me llevó al auditorio y me presentó ante más de 200 alumnos. Sin preparación previa y con la ayuda de mi trineo les conté mi historia. Traté de concentrarme en algunos puntos que les sirvieran para hacer realidad sus sueños. Al final me quedé más de una hora y el director, al irme, me dijo que había resultado mejor orador que los que normalmente contrataban. Totalmente sorprendido le pregunté si se podía ganar dinero con esto y me contestó: "sí, claro. Esto es una profesión". A los tres días decidí renunciar a mi trabajo. "Si puedo vender fotocopiadoras, también puedo venderme como conferencista", me dije. Me armé un speech y empecé a llamar a las escuelas de Houston, que son más de 700. Y así empecé este negocio. Con el tiempo fui reemplazando los colegios por las corporaciones, que tienen mucho más presupuesto. En estos ocho años he dado charlas en Singapur, Vietnam, Japón, Sudáfrica, Emiratos Árabes, Colombia y Panamá y he escrito tres libros: "Vuélvase imparables", "Coraje para triunfar" y "Los secretos del éxito de un 4 veces olímpico". Los dos primeros fueron publicados en varios idiomas, incluyendo el chino. Hoy disfruto mucho de un estilo de vida que conseguí gracias a un chico de 10 años.

-¿Sientes que inspiras gente?

Todas las semanas recibo mails de personas que me dicen que sí, después de haber leído algunos de mis libros o presenciado mi charla. Lo que más comenta la gente es que me ven como a una persona común y corriente que ha hecho cosas que no son comunes y corrientes. No soy un superatleta, soy el chico de la puerta de al lado que tuvo perseverancia para cumplir su sueño. Eso es probablemente lo que los inspire. Si estos principios sirvieron para mí, sirven para cualquiera. Me conformo con generar el mismo efecto que Scott Hamilton tuvo para mí.



- ¿Pensaste en no correr la prueba olímpica, especialmente teniendo en cuenta que tu mujer y tus hijos estaban allí para verte?

Al día siguiente del accidente decidí no hacer la última jornada oficial de entrenamiento. Había cumplido el tiempo mínimo el primer día y preferí descansar y reflexionar sobre el tema. Tomé la decisión de no correr si no ponían una pared de protección para solucionar el problema. No valía la pena correr el riesgo. Es que de pronto todos los competidores teníamos en la mente una preocupación adicional que no estaba en nuestros planes. Si uno no logra sacarse la imagen de la cabeza y se enfoca en el accidente, es muy probable que sea el siguiente. Así funciona la mente. Los organizadores pusieron la pared de contención y eso me tranquilizó. Recuperé la confianza que traía cuando llegué.

- Anunciaste tu retiro en 1992 y 2002 y sin embargo un par de años después volviste a las pistas. ¿Esta vez es la definitiva?

Sí, sin dudas. Todo pasa por una cuestión de motivación. Podría

intentar clasificarse para Sochi 2014, la edad no es una limitante en el luge. Anne Abernathy de Islas Virgenes compitió en Torino 2006 con 56 años. Y Werner Hoeger de Venezuela hubiera llegado a Vancouver con la misma edad si no hubiera sido por un accidente que tuvo en Canadá, ajeno a su responsabilidad. Siento que ya cumplí con todo lo que me propuse. En Vancouver, mis hijos de 8 y 5 años pudieron verme competir por primera vez. Fue una gran experiencia para que ellos pudieran entender lo que hice durante tantos años. La foto de ellos estrechándome la mano en la llegada de mi último descenso en Vancouver es el mejor broche que haya podido imaginar para mi carrera. Es como el final feliz de una película de Disney.

- ¿Qué significa ser el más atleta argentino con más participaciones olímpicas o el primero en el mundo en competir en cuatro Juegos en cuatro décadas distintas?

Es un honor y me siento muy agradecido. Muchas veces me pellizco porque no puedo creer que todo esto me haya pasado.

// En base a su experiencia olímpica, ha construido una extensa carrera como conferencista motivacional.